

Sección bibliográfica

Reseña

Saskia Sassen, *The global city*, Princeton University Press, 1991.

Manuel Perló Cohen*

Uno de los temas que han ocupado más la atención de los estudiosos interesados en los problemas urbano-regionales ha sido el análisis de los efectos que la dinámica del sistema económico ejerce sobre la organización espacial de la sociedad.

A partir de los años cincuenta, un amplio grupo de autores de distintos países invirtió considerables esfuerzos en analizar el decisivo efecto de la industrialización sobre la urbanización y, en particular, sobre el proceso de crecimiento acelerado de las grandes áreas metropolitanas. En los años setenta, el interés de los analistas comenzó a desplazarse hacia los procesos de desconcentración y descentralización de la actividad económica y a su efecto en la desaceleración del crecimiento urbano y en el impulso del desarrollo regional. A partir del decenio pasado, el estudio de los cambios en la organización espacial comenzó a orientarse hacia uno de los procesos económicos de mayor importancia y repercusiones en este fin de siglo: la internacionalización de la economía.

Una corriente intelectual muy importante, dentro de la cual se hallan los nombres de Manuel Castells, Michael Smith, John Friedmann, Susan Fainstein y Michael Harloe, entre otros, ha desarrollado importantes investigaciones encaminadas al análisis del efecto económico, social, político y morfológico que dicho proceso ha tenido en las grandes ciudades. Dentro de esta corriente de interés se inscribe el sugestivo trabajo intitulado *The global city*, publicado en 1991 por Saskia Sassen, profesora de planeación urbana de la Universidad de Columbia.

Durante siglos –nos dice la autora–, la economía mundial ha moldeado la vida de las ciudades. Así, pues, su interés es analizar esa relación en nuestros días, especialmente en el caso de aquellas metrópolis que en el pasado desempeñaron un papel principal como centros comerciales y bancarios de la economía mundial, tales como Nueva York y Londres. Las funciones de las ciudades que han logrado articularse exitosamente al engranaje de la economía mundial ya no son las de concentrar el comercio y la banca como en

* Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

el pasado; en la actualidad, sus tareas giran alrededor de cuatro nuevos ejes. Primero, son puntos de mando altamente concentrados en la organización de la economía mundial; segundo, son lugares clave para las finanzas y para las empresas de servicios especializados que han remplazado a la manufactura como sectores económicos dominantes; tercero, son lugares de producción (incluyendo la producción de innovaciones de las industrias de punta), y cuarto, son mercados para los productos e innovaciones producidas.

Estas nuevas tareas han permitido a ciertas ciudades desempeñar un papel estratégico en la economía mundial. ¿Cómo ha sido posible este nuevo esquema de concentración de poder cuando muchas de las tendencias de los años anteriores indicaban precisamente que se estaba avanzando hacia un modelo desconcentrado? Sassen refuta la idea, generalmente aceptada, de que la densidad y la aglomeración se tornan obsoletas gracias a los avances en las telecomunicaciones globales, que favorecen la máxima dispersión de la población y de los recursos. Por el contrario, según su punto de vista, se debe a la dispersión territorial facilitada por los avances en las telecomunicaciones que la concentración de ciertas actividades centrales haya aumentado sensiblemente.

Con la ruptura del orden mundial en los inicios del decenio de los setenta, la economía internacional no se fragmentó en pedazos, sino que más bien la geografía y la composición de la economía global cambiaron hasta producir una dualidad compleja: una organización de la actividad económica dispersa geográficamente, pero integrada globalmente. Esta dualidad –dispersión espacial-integración global– ha creado un nuevo papel estratégico para las grandes ciudades. La hipótesis básica de la autora es que mientras más globalizada se vuelve la economía, mayor es la aglomeración de las funciones centrales en unos cuantos pocos sitios que se transforman en ciudades globales, cuya característica fundamental es conseguir control global sobre la economía mundial. Para probar su hipótesis, examina la evolución económica, social y urbana reciente de tres grandes metrópolis: Tokio, Nueva York y Londres. Estas ciudades han experimentado en los últimos años una transformación masiva y simultánea de su base económica, que las ha llevado a convertirse en ciudades globales.

¿En qué ha consistido esta transformación y cómo se liga a una mayor capacidad de control? La respuesta de la autora, que constituye el sustento principal del material expuesto en el libro, mantiene que desde los años setenta dos sectores estratégicos de la economía se han desarrollado y concentrado fundamentalmente en las metrópolis estudiadas: los servicios al productor y los servicios financieros. En el caso de los primeros, se trata de servicios

altamente calificados y especializados (administración de alto nivel, publicidad, contabilidad, planeación, relaciones públicas, asesoría legal, etcétera); y en el caso de los segundos, de un gran número de firmas relativamente pequeñas, surgidas a partir de los años ochenta, dotadas de una fuerte capacidad para generar innovaciones dentro de la industria de las finanzas, y que son indispensables para que se produzca la internacionalización y expansión de dicha industria. Estos dos sectores permiten que el sistema económico mundial, disperso geográficamente, funcione de manera organizada, y que exista un control sobre el mismo.

¿Por qué es necesario un control global sobre la economía mundial? Porque, a pesar de la dispersión geográfica de la actividad económica, y no obstante la creciente movilidad del capital, la concentración de la propiedad y la apropiación de las ganancias es cada vez más centralizada y esto obliga a desarrollar un sistema de control sobre un vasto sistema de producción mundial integrado por plantas productivas, oficinas, servicios y fuerza de trabajo, dispersos en numerosas partes del mundo. ¿Y por qué esta centralización tiene lugar en grandes ciudades y específicamente en ciertas metrópolis –las ciudades globales– y no en otras? La respuesta de Sassen a la primera parte de la pregunta no está sistemáticamente desarrollada en el trabajo, aunque sí esbozada: el lugar de operación del mercado (*marketplace*) ha adquirido una importancia en aumento con el desarrollo reciente de la industria financiera, lo cual refuerza el proceso de concentración espacial en las grandes ciudades. Sin embargo, la segunda parte de la pregunta no tiene, desde mi punto de vista, una respuesta clara y convincente. La autora demuestra empíricamente que en las tres ciudades estudiadas se ha producido el crecimiento más acelerado y concentrado de los sectores que permiten el control global (servicios al productor y mercados financieros), superando en ello no sólo a otros países, sino, incluso, a otros centros urbanos de importancia de sus respectivas naciones; no obstante, esto no explica el porqué de esta situación.

Sassen reconoce ciertamente que la diferencia entre las ciudades estudiadas y otros centros urbanos de importancia mundial radica en el grado y alcance de concentración de los sectores que permiten el control global; una diferencia de magnitud y no de naturaleza. Sin embargo, esto no responde a la interrogante sobre los factores que han permitido a Nueva York, Londres y Tokio convertirse en ciudades globales, a diferencia de metrópolis como Los Ángeles, Chicago, París y Frankfurt. ¿Se deberá acaso a las políticas urbanas aplicadas por los gobiernos locales? ¿Tendrá que ver con la existencia de una infraestructura tecno-

lógica adecuada para satisfacer los requerimientos de las nuevas actividades económicas? ¿Será el resultado de las ventajas de aglomeración propias de los centros urbanos de mayor dimensión, densidad y diversidad económica? La ausencia de una reflexión en torno a la génesis de la *ciudad global* constituye una sensible omisión de la estructura analítica desarrollada por la autora. Esto de ninguna manera va en demérito de la enorme calidad y originalidad de una investigación muy acuciosa, y no disminuye la fecundidad de sus hipótesis y la validez de muchas de sus conclusiones. Saskia Sassen ha intentado ir contra algunas verdades aceptadas y contra el "sentido común" en el tema de la internacionalización; de esta forma ha arrojado mucha luz sobre un proceso del cual se habla mucho y se sabe poco. Su trabajo también constituye una constatación de que el estudio de las grandes metrópolis, de su funcionamiento, capacidad de cambio y adaptación a circunstancias cambiantes, continúa siendo uno de los temas de investigación más complejos, apasionantes y centrales de nuestra sociedad.